

LA LIBERTAD CREADORA

PRIMERA PARTE

INTUICIONES

I

No escribo para quienes aun padecen de realismo ingénuo. Comprendo cuan difícil es emanciparse de este error congénito, arraigado como lo fué el error geocéntrico o la concepción antropomorfa de la divinidad y lo son aun innumerables prejuicios de los cuales ni siquiera nos damos cuenta, por ser elementos sobrentendidos de nuestro raciocinio. Ni la duda metódica de Descartes, ni el deshucio de los ídolos de Bacon, ni por fin el criticismo de Kant, lograron disipar en el ánimo de sus autores todos los preconceptos. En los grandes sistemas filosóficos se halla siempre el rastro de las convicciones ingenuas de la época y si una depuración lógica las elimina, luego no mas vuelven como impulsos instintivos, como expresión de sentimientos latentes, como apreciaciones dogmáticas.

Imagínese el asombro de un contemporáneo de Kopérnico ante el anuncio que el planeta como un trompo gira sobre su propio eje y en extensa órbita en torno del sol. Hoy esta enseñanza la recoje el niño en las bancas de su primer escuela y la conciencia de la humanidad la acepta sin vacilar. Pero que esfuerzo secular, penoso y lento ha sido necesario para transformar la paradoja en una verdad trivial. La obra de Kopérnico se publicó el año 1543, el tormento se le aplicó a Galileo en 1633, el padre Feijóo en 1750 con las cautelas necesarias se atreve a divulgar en España la novedosa teoría y no antes de 1835 se

borra el libro del Index. Así mismo, todavía en un espíritu tan alto como el de Hegel, descubrimos resabios de la concepción geocéntrica.

Con cuanta mayor tenacidad no había de imponerse el realismo ingenuo cuyo valor pragmático se comprueba en cada instante de la vida. Ya los Eleatas lo condenaron, todo criterio medianamente ilustrado lo rechaza y sin embargo no se concluye por extirparlo. Desvanecerlo es sin embargo la condición previa de toda filosofía.

Y esto aparentemente no es difícil; pocas reflexiones bastan para comprender que este universo visible y tangible, que se extiende en el espacio y desarrolla en el tiempo, no lo conocemos sino como un fenómeno mental. Cuantos empero después de concedernos este hecho, ahí no más prescinden de él, lo apartan como algo molesto y discurren sin tomarlo en cuenta. Este reproche no se dirige al vulgo sin noticias de la primera de las nociones filosóficas; espíritus cultos hay que si bien la saben no consiguen realizar el empeño íntimo que es menester para substraherse a la sugestión de las cosas. Mas aun, hay mentalidades refractarias, incapaces de despojarse de su ingenuidad. Con espíritus así dispuestos no debe hablarse de filosofía como al sordo no se le habla de música. Aunque por otra parte sean buenas gentes, dignas de aprecio y respeto, carecen de sentido filosófico.

Debemos pues tener presente que el mundo externo no es una realidad conocida sino un problema, que por de pronto cuanto existe, solamente existe en una conciencia.

II

No basta emanciparse del realismo ingenuo hasta el punto de comprender el conjunto de las cosas corpóreas como un fenómeno mental. Esta es la parte más burda de la iniciación. Al realismo ingenuo hay que perseguirle en todas sus guaridas, allí sobre todo donde se oculta en formas larvadas. También el es-

pacio y el tiempo, las dos magnitudes en que se encuadra el proceso cósmico, no las conocemos sino como elementos de la conciencia y su existencia real fuera de ésta no es un hecho comprobado.

Entretanto el hábito de contemplar la realidad en relaciones espaciales o temporales nos perturba aun más que la supuesta exterioridad de las cosas. A estas siquiera podemos suprimirlas in mente, mientras que al espacio y al tiempo no podemos desalojarlos de nuestra representación. Semejante disposición psicológica encuentra su natural apoyo en el lenguaje construído sobre el molde del realismo ingenuo hasta poner expresiones espaciales o temporales aun allí donde sólo tiene un valor figurado. Fuerza es superar estas sugerencias para darnos cuenta que a la par del mundo corpóreo también la existencia del tiempo y del espacio no la conocemos sino como un hecho de conciencia.

III

No satisfechos de poblar el mundo exterior con las imágenes sensibles aún les agregamos las creaciones de nuestro propio raciocinio. Por un conocido proceso psicológico abstraemos conceptos generales que al principio casi concretos se amplían y superponen y acaban por revestir excepcional sutileza. A estos hijos lógicos de la conciencia los expulsamos luego para ubicarlos en el espacio o si acaso más allá. Empezamos por bautizarlos, por darles un nombre y acto continuo se convierten en espectros sueltos como si hubieran olvidado su génesis. El concepto de lo extenso es la materia, el de la transmisión el éter, el de la acción la energía, la causa, etc. Y esta prole de entes de razón se posa como un enjambre sobre las cosas o se incorpora a ellas y nos sirve para realizar nuestra visión cósmica. Les damos la misión de ordenar, distribuir y concretar las cosas y de establecer un nexo entre los hechos sucesivos. En realidad, su hogar es la conciencia y no han pensado en abandonarlo, pues ahí ejercen su oficio.

IV

Veamos si cabe siquiera la posibilidad de concebir algo fuera de la conciencia. Y he ahí que al decir concebir, ya la hemos puesto en movimiento, ya preveemos que el resultado de nuestra tentativa volverá a estar exclusivamente en la conciencia.

Llevemos el pensamiento a la iniciación más remota de los tiempos, lancémosle a espacios insondables más allá de la vía láctea, divaguemos por los espacios multidimensionales—nunca lograremos salir de las fronteras de la conciencia, la imaginación más audaz no puede salvarlas.

Pero queremos al fin que haya algo ajeno al proceso consciente, que sea su negación y lo llamaremos lo inconsciente. Y bien, hemos vuelto a realizar una concepción. Lo inconsciente mismo no existe sino en la conciencia, porque lo pensamos.

V

¿Pero si el orden sensible y el inteligible sólo existen en la conciencia, este universo con su aparente solidez no es más que una ficción? No hay tal. Consideremos al cosmos como un proceso material o ideal, en uno y otro caso será real, solamente la interpretación habrá variado.

Por haber dado en el sistema planetario otra posición al sol no le hemos quitado sus funciones. Alumbra hoy como antes de Kopérnico a realistas e idealistas y no hemos modificado ni siquiera las locuciones vulgares con que nos referimos a su salida o a su ocaso. Podemos decir que el movimiento diurno es un engaño — pero por cierto no del sol, sino de nuestra manera de verle.

Así la realidad tampoco se conmueve por que la veamos como un desarrollo material, energético o psíquico. Preferimos lo último por ser la única manera cómo la conocemos. Las otras son hipotéticas.

VI

Que cuanto es, sólo existe en una conciencia no implica de por sí que la realidad misma sea únicamente un fenómeno mental. Quiere decir tan solo que en esta forma se nos presenta y en ninguna otra. Sin embargo bien pudiera nuestro conocimiento ser el reflejo de una realidad distinta. Podemos en abstracto distinguir el *modus cognoscendi* del *modus essendi* y la identidad de ambos sólo podría afirmarse si se identificase el ser con el pensar.

A esta posición, que es la del idealismo absoluto, se opone el realismo extremo que considera a la conciencia como un epifenómeno supérfluo de actividades extrañas. En el primer caso la conciencia sería el centro de irradiación del proceso cósmico, sería una potencia creadora de su propia concepción mundial, en el otro sería una eflorescencia accidental, cuya presencia o ausencia no modifica ni altera el curso de los hechos. En el primer caso la conciencia sería no solo activa, sino la única actividad existente, en el otro sería no solamente receptiva sino completamente pasiva.

Entre estos dos extremos naturalmente caben todos los matices intermediarios, los compromisos dualistas, las conciliaciones eclécticas, el idealismo mitigado, el realismo transfigurado y el análisis crítico: ensayos múltiples e ingeniosos que intentan deslindar el dominio de la conciencia de el de las cosas.

VII

A nuestra vez intentemos tomar una posición. Si exploramos el contenido de la conciencia descubriremos el concepto de una entidad que a diferencia de todas las otras no tratamos de expulsar del recinto de la conciencia. Al contrario, tratamos de recluirla en lo más íntimo y propio, la desvinculamos hasta del organismo físico, la oponemos al mismo proceso mental y en el afán de abstraerla de todo y por todo la alojaríamos si acaso, en el hueco de un punto matemático. Es el concepto del yo.

Es la unidad persistente y estable que postulamos y a la cual referimos los momentos sucesivos del cambiante proceso psíquico. Fuera de toda duda, no existe sino en la conciencia. Y junto con el yo una serie de hechos que le atribuimos: los estados afectivos, las voliciones y los juicios.

Pero en manera alguna le atribuimos todo el contenido de la conciencia, pues esta comprende también la representación de un mundo que el yo conceptúa extraño y separa como lo externo de lo interno. Sin embargo, si este mundo está fuera del yo no está fuera de la conciencia. Las sensaciones que son sus elementos constitutivos son hechos psíquicos y otra noticia no tenemos de su existencia.

Según el realismo, de acuerdo con la opinión común, para la porción de conciencia opuesta al yo existe un duplicado de otro orden o mejor dicho un original cuya reproducción es lo único cognoscible. Pero la demostración de ese mundo problemático es ardua. De la conciencia no podemos salir y todo esfuerzo en ese sentido es vano. No queda otro recurso que acudir a la argumentación y ésta se reduce a considerar el contenido de la conciencia como un efecto que ha de tener su causa fuera de ella, sin fijarse que semejante causa es desconocida, inaccesible, un noumeno puro. Y no preguntamos por ahora con qué derecho se emplea este concepto de causa que no es más que un elemento de nuestro raciocinio. La existencia de este mundo hipotético, situado fuera del horizonte que abarca nuestro conocimiento no tiene, en el sentido literal de la palabra, razón de ser y la afirmación de su realidad es tan solo un acto de fé, residuo irracional del realismo ingenuo.

Contribuye empero a mantener esta ficción de un mundo externo el error de los adversarios del realismo al querer convertir la realidad espacial en una manifestación del yo, que como hemos visto no es la conciencia sino una parte de ella. Este error egocéntrico caracteriza al idealismo subjetivo. Si el realismo acaba por calificar al yo como un engendro del mundo físico, el idealismo subjetivo invierte este orden y supone al mundo una creación del yo. En esto el idealista subjetivo se equivo-

ca más o menos como el gallo de Rostand al creer que el sol no saldría si él no cantaba.

No podemos decir más de lo que sabemos: La conciencia se desdobra en un orden subjetivo y en otro objetivo. Pero esto lo sabemos de una manera inmediata y definitiva.

VIII

El sujeto no se mantiene frente al mundo que se le ofrece, en actitud contemplativa. No es en manera alguna un espectador desinteresado. La conciencia es el teatro de los conflictos y armonías entre el sujeto que siente, juzga y quiere y el objeto que se amolda o resiste.

Las relaciones mutuas se entablan por medio de formas mentales que constituyen una zona intermedia entre la realidad interna y la externa.

Las sensaciones darían lugar a un caos si no se las coordinara y concretara en un objeto determinado. Es necesario unir a unas y separar a otras, señalarles ante todo su puesto respectivo en el espacio y en el tiempo, para constituir unidades que luego hay que relacionar unas con las otras. Lo mismo ha de hacerse también con las múltiples manifestaciones de la actividad subjetiva. Al efecto, el sin número de los hechos aislados ha de clasificar y vincularse.

Esta tarea se realiza por medio de los conceptos abstraídos del orden subjetivo como del objetivo y, aunque secundarios y derivados de los hechos fundamentales, son tan necesarios como éstos para construir nuestra concepción cósmica.

El destino de los conceptos suele variar. Mientras unos conservan siempre el sello de su origen y no se alejan de sus fuentes, otros se independizan y adquieren fueros propios, sobre todo si se designan con un sustantivo que casi los cristaliza. Los más solo comprenden un dominio particular, más o menos limitado, pero otros son tan amplios que comprenden todo el orden subjetivo u objetivo y en ocasiones ambos con un valor uni-

versal. Los hay que siempre llevan consigo cierto contenido concreto en tanto que otros completamente abstractos carecen de toda representación posible.

Por fin los conceptos nacen y mueren cuando han llenado su cometido. Su vida, a veces efímera, responde a una necesidad eventual y apenas dejan la huella de un vocablo en el léxico. Muchos perduran, instrumentos modestos de la labor diaria, pero algunos sobresalen dominantes, se emancipan, a fuer de esclavos rebeldes en lugar de obedecer pretenden gobernar la conciencia y resisten tenaces a su desplazamiento. La historia de la filosofía es la historia de estos conceptos sublevados y la conciencia humana se ha doblegado por siglos ante los ídolos incubados en su seno, como el salvaje ante el fetiche fabricado por sus manos.

Hay sin embargo conceptos cuya tiranía es difícil eludir. Forman un grupo aparte, una especie de aristocracia y parecen tan imprescindibles que se les ha dado un origen distinto al vulgo de los conceptos empíricos llamándoles ideas innatas, formas a priori, categorías o reconociéndoles por lo menos un abuelo heredado. Por cierto que desempeñan una misión importante. Suprimamos conceptos como el espacio, la causa, la energía y todo el cosmos se derrumba y desvanece. Suprimamos el concepto de tiempo y el mismo proceso de la conciencia se detiene y extingue. Es que son conceptos universales, aplicables no solamente a un grupo más o menos amplio o restringido de hechos sino a todos sin excepción. Sirven sobretodo para coordinar los hechos y establecer un nexo entre ellos; están como inmanentes en cada caso singular; la validez de los conceptos particulares o generales depende de ellos. Por eso se les ha calificado de necesarios. La necesidad práctica de su empleo como formas del conocimiento se impone pero no llega hasta el punto de hacerlos irremplazables. Respetémosles sin exagerar nuestra devoción. Ya algunos de esta oligarquía han experimentado una *diminuti capitis*. Así el concepto de la substancia estable, con toda su secuela de cuerpos y almas, se halla en plena decadencia. Nada menos que al viejo concepto de causa — casi intan-

gible — se pretende reemplazarlo por el de función. El espacio y el tiempo en un lenguaje más abstracto, como lo es el matemático, quizás también sufran algún desmedro. Y aun las numerosas categorías pueden reducirse a una sola, la relación que expresa la relatividad y dependencia recíproca de todos los elementos que constituyen un estado de conciencia.

Por ser estos conceptos elementos constantes en el proceso lógico y su desarrollo dialéctico un reflejo abstracto de los hechos, se ha creído poderlos sustituir a los elementos de que derivan. Sin embargo, como todos los demás conceptos son vacíos sin el contenido intuitivo a que se aplican. Operar con los conceptos en lugar de las intuiciones, es invertir las jerarquías y supeditar lo primario a lo secundario. Es el río, la fuerza activa, la que cava el cauce, no el cauce el que engendra al río aunque lo contenga. El pensar supone al intuir, como lo dice Croce: *Pressupposto dell'attività lógica, sono le rappresentazioni o intuizioni.*

Sin duda no podemos pensar sino en conceptos, pero no tomemos los andamios lógicos por lo esencial. No imitemos el ejemplo de las ciencias naturales, que encuadran los hechos en esquemas y luego confunden estos con la realidad. Las ideas generales como los esquemas, son imprescindibles, pero mantenámonos en guardia, porque el conceptualismo es el primer paso hacia el verbalismo.

Extraña hasta cierto punto es la relación que media entre los conceptos opuestos, que la lógica formal según el principio de identidad considera contradictorios, sin fijarse que aquel principio sólo rige para las cosas. Este martillo no es aquella tenaza ciertamente, pero ambas herramientas las empleo según el caso sin que se contradigan; ambas me son útiles y el uso de una no envuelve la prohibición de emplear la otra. La elección depende de las circunstancias y de mis propósitos — su eficacia del resultado práctico. Así también el empleo de los conceptos que son meros instrumentos del trabajo lógico.

La afirmación y la negación no por ser conceptos opuestos se contradicen o se excluyen, ni están ligadas entre sí por algún

vínculo místico que las fusione en una *coincidentia oppositorum*. Afirmo esto y niego aquéllo, afirmo hoy lo que he negado ayer según el caso concreto que aprecio y buena ocasión de emplear ambas abstracciones la presenta el rápido y fugitivo proceso en el cual la vida lleva en su seno la muerte, el perecer es condición del nacer y tendencias contrarias ahora divergen y luego concuerdan. En el conflicto vivo de la conciencia no se realiza un juego de pálidas abstracciones, sino el choque de fuerzas antagónicas que experimentamos y no soñamos. La síntesis de los contrarios se efectúa en el acto concreto, singular y determinado.

A algunos conceptos agregamos el de infinito: solamente su aplicabilidad es infinita. Si hemos de apurar el simil de la herramienta, sin olvidar que como todos sus congéneros claudica, diríamos: En efecto este martillo no es infinito pero infinita la serie de golpes que puede dar. Es un empeño estéril pretender llegar con un concepto como el de causa al origen de las cosas, pues por lejos que llevemos la regresión mental o la investigación empírica, siempre volverá a ser aplicable. Una primera causa es un absurdo, por que la causa no es una cosa.

IX

Lógicamente la capacidad cognoscitiva precede al conocimiento pero de hecho este tampoco se concibe sin lo cognoscible. El conocimiento consiste precisamente en el acto de conocer y no puede precederse a sí mismo. El sujeto o el objeto aislado son abstracciones, no existe el uno sin el otro. Al polarizarse la actividad consciente, pone al uno frente al otro, pero no deja de conservarlos unidos por relaciones mutuas que por fuerza participan del carácter subjetivo y del objetivo. No hay aquí ni un *apriori* ni un *aposteriori*, hay una confluencia y una concordancia, una acción común que no podría puntualizar la abstracción mas sutil. Por eso el raciocinio con argumentos igualmente valederos puede deducir los conceptos necesarios del orden subjetivo como del objetivo. Perturba aquí como siempre

el error egocéntrico que considera al conocimiento como función del yo en vez de advertir que conocimiento equivale al contenido de la conciencia en su totalidad. De ahí las disquisiciones inútiles del realismo y del idealismo subjetivo. Tan evidente como que el ser es idéntico al pensar, lo es también que el pensar no es exclusivamente subjetivo.

El deslinde exacto entre ambos órdenes, el subjetivo y el objetivo, es un interesante tema psicológico, su solución satisfactoria muy problemática. Sabemos bien lo que cae *grosso modo* de un lado o de otro; las sensaciones por una parte, los afectos, las voliciones y los juicios por otra. Pero distinguir en el conocimiento la materia y la forma y atribuir esta al sujeto es aventurado. La forma es parte tan necesaria del objeto como su materia. En el idioma de Kant y contradiciéndole diríamos: La materia nos es dada — y la forma también.

El sujeto distingue lo suyo de lo extraño y no se atribuye la función de dar forma al conocimiento, como se atribuye por ejemplo la atención. No se trata de una impresión ingenua, que podría corregirse, porque jamás adquirimos la conciencia inmediata de semejante capacidad. Parece que la materia del conocimiento no es más que una sombra de la materia material del dualismo realista; sensaciones puras no existen. El viejo distinguo escolástico entre los elementos materiales y formales del conocer se reduce a abstraer los elementos primitivos de los secundarios pero unos y otros unidos constituyen el orden objetivo opuesto al yo. El proceso psíquico se desenvuelve en esas formas no por intervención del sujeto sino forzosamente, si acaso a pesar de él. Caracteriza al orden objetivo y lo distingue del subjetivo la espacialidad.

X

Operamos hasta aquí con un concepto equívoco y conviene ya abandonarlo. El término realidad proviene del latín *res* = cosa y envuelve la idea de estabilidad. Pero es que no hay nada estable. En la conciencia solo observamos un proceso, una

acción, un devenir, un fluir y confluir continuo. A no tener presente este hecho corremos el riesgo de postular otra vez cosas y entidades donde solamente hay actos. El sujeto y el objeto no son sino operaciones sintéticas en las cuales se unifica el complejo de estados de ánimo o el haz de sensaciones. En cuanto al substratum que les suponemos—materia o espíritu—no es más que un concepto y no una cosa.

En lugar de una realidad tenemos pues una actualidad y esta es la palabra correcta que nos enseñó Aristóteles. Los hechos se actualizan no se realizan. La misma conciencia no es una entidad sino acción y ni siquiera acción abstracta sino concreta. Una conciencia pura sería una conciencia sin contenido, es decir una acción sin actividad, ejemplo acabado de un absurdo. Debemos curarnos no solamente del realismo ingenuo sino de todo realismo.

Realidad en filosofía es un concepto fósil, es decir una superstición. Reservemos la palabra con un valor convenido, sobre todo para distinguir el hecho cierto del hecho imaginado o deseado. Un tratado de filosofía para ser lógico, debiera escribirse con verbos sin emplear un solo sustantivo.

La rigidez de los nombres, demasiado sólida y maciza, no se presta para transmitir la noción de un proceso dinámico que es movimiento, vibración, desarrollo de energías y de ritmos. En torno de los dos polos, inestables y movibles también ellos, giran y bullen corrientes encontradas o paralelas, se concilian o se resisten y en cada instante crean un hecho nuevo que nunca fué antes y que no volverá a repetirse. La necesidad de sistematizar el cúmulo de los hechos obliga a aislarlos, a abstraerlos, a encasillarlos y con ellos se despoja el proceso psíquico precisamente de su vida sintética en la cual cada elemento es función de los demás. La intuición del lector debe mantener de continuo la unidad y correlación que el relato destruye.

XI

Si entre la actividad objetiva y la subjetiva no hubiera más diferencia que la espacialidad, podría, aunque con grandes dificultades, subordinarse la una a la otra, como se ha intentado con tanta perseverancia en los sistemas monistas. En realidad hay entre estas dos corrientes opuestas de la actividad consciente una diferencia mucho más fundamental.

El mundo objetivo obedece a normas necesarias, a leyes. El mundo subjetivo carece de leyes, es libre. En el primero se desarrolla mecánicamente una serie de hechos forzosos, que pueden preverse. En el segundo actúa una voluntad que quiere lo que se le antoja y cuyas resoluciones, no pueden preverse. Aquel obedece a causas perdidas en el pasado, este a finalidades proyectadas en el futuro. Frente al mecanismo físico se yergue el yo autónomo. Discúlpese la redundancia; autos no significa sino el yo; la autonomía del yo es la autonomía por excelencia.

La oposición de la libertad a la necesidad es pues el hecho primordial de la conciencia. El conflicto entre una y otra es la clave de la existencia y da a la vida su carácter militante.

En tanto el orden físico se actualiza, encadena inexorablemente un efecto a su causa, sin propósito, sin finalidad, amoral e impasible. El sujeto en tanto se siente estremecido por dolores o dichas, afirma o niega, forma propósitos, forja ideales, estatuye valores y subordina su conducta a los fines que persigue. Pero su libertad es de querer, no de hacer. La libre expansión de su personalidad la cohibe la coerción de la necesidad y ésta no consiente arbitrariedad alguna. El sujeto es autónomo pero no soberano; su poder no equivale a su querer y por eso tiende sin cesar a acrecentarlo. La aspiración a actualizar toda su libertad no abandona al eterno rebelde. La naturaleza ha de ceder en su oposición, ha de someterse al amo y el instrumento de esta liberación es la ciencia y la técnica.

Porque la libertad no ha de pavonearse en el vacío. La paloma de Kant se imaginaba que sin la resistencia del aire vola-

ría aún con mayor soltura. Se desplomaría, como así nuestra libertad si no se apoyara en la resistencia que se le opone. Esta es la condición del esfuerzo subjetivo y la libertad no pretende aniquilarla sino substraerse a la coerción para alcanzar sus propios fines. El dominio sobre el orden objetivo emancipa de la servidumbre material y afirma la libertad económica. Inició su conquista el primero que quebró la recalcitrante nuez de coco con una piedra e inventó el martillo.

Pero el sujeto se siente cohibido no solamente por el mundo objetivo sino por sus propias condiciones, por la flaqueza de sus fuerzas. Su acción la perturban impulsos, afectos y yerros. De ellos también quiere emanciparse. Al dominio sobre la naturaleza debe desde luego agregar el dominio sobre sí mismo. Solamente la autarquía que encuadra la voluntad en una disciplina fijada por ella misma, nos da la libertad ética.

Así se establece al lado de la finalidad económica una finalidad moral, a la cual, sin mengua de la auto-determinación, se ha de someter la conducta, que se simboliza en un concepto de contenido y nombre variable y por ahora llamaremos concepto ético. Viene a ser la expresión más acabada de la personalidad, el último objetivo de la acción libre, empeñada en someter el orden natural a un orden moral. Aunque dentro de una metafísica inaceptable, nadie ha descrito mejor la conquista de la libertad ética que Espinosa en el cuarto y quinto libro de su obra fundamental que tratan de la servidumbre y de la libertad.

Que diferencia separa empero la ley moral de la ley física. Ésta la soportamos, aquella la dictamos, ésta es expresión de un orden necesario, aquella un postulado de nuestra libre voluntad. No podemos imaginar que la ley de la gravedad falle una sola vez; al elevarnos en el espacio y contrariarla al parecer, la cumplimos. No así la ley moral que infringimos, porque conservamos la capacidad monstruosa de desobedecerla.

En efecto, libertad y ética son complementos correlativos. La concepción mecanicista al extender la determinación física al sujeto, le arrebató los fueros de la personalidad. Substituye

la autonomía por el automatismo y no hay alarde dialéctico que sobre esta base pueda construir una ética.

La libertad económica y la libertad ética constituyen unidas la libertad humana que lejos de ser trascendente se actualiza en la medida de nuestro saber y de nuestro poder. Se compenetran y se presuponen, no puede existir la una sin la otra porque ambas son bases del desarrollo de la personalidad. No es la lucha por la existencia el principio eminente sino la lucha por la libertad; a cada paso se sacrifica aquélla por ésta. Del fondo de la conciencia emerge el yo como un torso, libre la frente, libres los brazos, resuelto a libertar el resto. ✕

XII

La libertad es pues el rasgo intrínseco del sujeto; afirmarla es la expresión más genuina de su ser, personalidad y libertad son dos nombres para el mismo hecho.

En la lucha trabada por la conquista de la libertad el sujeto distingue las circunstancias que favorecen o se oponen a esta su aspiración esencial y las juzga y aprecia desde este punto de vista. A los hechos objetivos los califica de útiles o perjudiciales, a los actos propios de buenos o de malos. Lo primero es un juicio pragmático, lo segundo un juicio ético.

Naturalmente el sujeto, porque esto fluye de su íntima condición, quiere lo útil y lo bueno y de los casos singulares se eleva a la generalización y forja los dos conceptos adecuados. Útil es aquello que favorece su libertad económica. Bueno lo que afirma su libertad ética. Estos dos conceptos poseen pues un contenido efectivo y no son meras abstracciones, pero solamente con relación a los intereses y a la voluntad del sujeto. Los hechos objetivos en sí no son útiles ni perjudiciales, son simplemente necesarios. Los actos tampoco son buenos o malos en sí, sino la finalidad a que sirven.

Si no cabe duda sobre el significado concreto de lo útil y de lo bueno, sin embargo es menester estimar cada caso o cada

serie de casos. Y aquí, con acierto, o sin él, el sujeto fija valores —a riesgo de equivocarse o de trasmutarlos cuando hayan cumplido su misión o demostrado su ineficacia.

Con frecuencia lo que ayer se consideraba útil, hoy quizás se juzgue perjudicial y en el orden moral valores que han regido durante siglos acaban por ser reemplazados. Los conceptos dirigentes de lo útil y de lo bueno radican en la naturaleza misma de la conciencia y de su conflicto fundamental; no pueden cambiar por más que cambie la apreciación del caso particular. Son el imperativo categórico que formula la acción espontánea y de ahí nace el sentimiento de la obligación, del deber y de la responsabilidad. La sanción moral es la privación de la libertad, la servidumbre impuesta por la ignorancia y los vicios. Inmoral es toda esclavitud.

Tan fundamental es la libertad económica como la ética, pero no deben por eso confundirse los conceptos correspondientes. Tomar lo útil por lo bueno es el pecado de toda moral utilitaria y el error propio de los sistemas que tiendan a negar la personalidad humana. Insistir solamente en el concepto ético es desconocer que la plena expansión de la personalidad sólo cabe frente a un mundo sometido. Por otra parte, imaginar que los valores creados en la lucha por la libertad son perdurables y objetivos, es ignorar su carácter transitorio; son medios para realizar un fin y así se emiten como se desvalorizan.

.....

XIV

Al comprobar en la actividad consciente dos tendencias contrarias, fundamentalmente distintas, no quisiéramos llevar este dualismo hasta el extremo de olvidar la unidad de la conciencia. A pesar de sus divergencias, el sujeto y el objeto, integrantes de un mismo proceso psíquico son inseparables y no se modifica uno sin afectar al otro. El choque de corrientes opuestas ya lo señaló Heráclito como una condición del eterno devenir. La dualización es una condición necesaria para comprender la

actividad cósmica. En el átomo más ínfimo sin perjuicio de su unidad suponemos fuerzas de atracción y de repulsión; la célula orgánica es un campo de batalla entre la asimilación y la disgregación; la reproducción de la especie exige la dualidad sexual; la gravitación planetaria no se explica sin tendencias centrípetas y centrífugas; el proceso dialéctico se desenvuelve por la coincidencia de la tesis y de la antítesis. Donde quiera que se busque una unidad se halla el conflicto de dos principios opuestos. No es de extrañar pues si la conciencia, madre común de lo existente, nos ofrece el mismo espectáculo. Y aunque fuere extraño—es un hecho.

Las dificultades para conciliar la unidad con la multiplicidad nos las han sugerido los monistas y los pluralistas en su afán por imponernos su interpretación unilateral. Los conceptos de cantidad — unidad, pluralidad, totalidad, número, medida, magnitud — se utilizan según el caso sin excluirse ni contradecirse. Examinemos el concepto de unidad y sirva ello de ejemplo del empleo de los conceptos en general.

No existe ninguna unidad real. La hemos buscado, la hemos afirmado, pero de hecho jamás la hemos encontrado.

La unidad física, el átomo, está descalificada a pesar de no haber sido nunca un hecho empírico, sino una hipótesis. Pero ni a ese título puede ya subsistir. La unidad orgánica, la célula, ha resultado ser un organismo de complejidad infinita; la unidad psíquica, la sensación, no es simple, menos aún lo son los estados de ánimo.

No hay sino unidades concebidas. Puedo llamar a mi antojo unidad al cuerpo humano, a un libro, a un batallón, a un pueblo y luego no más los descompongo en la multiplicidad de sus partes integrantes y los califico como una pluralidad. Nada me impide tampoco concebir la multiplicidad total de las formas existentes como una unidad y llamarla universo.

La unidad de la conciencia es ideal y si la afirmamos es solo para negar la existencia de dos substancias distintas o la posibilidad de un fraccionamiento efectivo. Así nos ahorramos todos los devaneos del ocasionalismo, de la armonía preestablecida y de las doctrinas dualistas en general.

Por unidad de la conciencia hemos de entender que tanto en sus manifestaciones objetivas como en las subjetivas es acción consciente—y nada más.

Estamos en nuestro perfecto derecho si de acuerdo con la evidencia consideramos a la conciencia ya como una, ya como compleja y la interpretamos como la unidad que se despliega o como la síntesis que surge.

Merece recordarse el percance ocurrido al más genial de los monistas, a Espinosa, a quien su *Deus sive natura* se le desdobra repentinamente en *natura naturans* y *natura naturata*. El insidioso dualismo lo asalta cuando menos sospecha, pues todo su sistema no tiene otro propósito que superar el dualismo de la materia y del espíritu. Es de lamentar que la crueldad de los hechos perturbe la paz de la especulación racionalista.

Nosotros no necesitamos engolfarnos en semejante empeño, pues tanto la materia como el espíritu son conceptos desarrollados por la acción consciente, útiles algunas veces y molestos cuando se desconoce su origen.

La conciencia así es una como múltiple, pero es única, pues no existe nada fuera de ella.

XV

Los axiomas expuestos no pueden ni demostrarse ni refutarse. Son la expresión de la evidencia inmediata, no son las conclusiones de una argumentación dialéctica. Son una enumeración de hechos que cada uno puede verificar, en todo momento se hallan presentes en la intuición y constituyen la experiencia más directa que cabe imaginar.

No se les puede ni definir. Toda definición es una relación; la explicación de un término por otro conocido. Los hechos primitivos no podemos referirlos a otros; solamente podemos intuirlos. Los sabemos o los ignoramos, pero no hay medio de transmitirlos ni las palabras pueden suplirlos.

No faltará quien nos exija la definición de los términos empleados, por ejemplo el de la libertad. Quien quiera que for-

mule este reparo será sin embargo incapaz de definir siquiera lo amargo o lo dulce. Puedo definir la libertad: Es la ausencia de coerción como ésta es la ausencia de libertad. Nada adelantamos con semejante tautología. Quien no sepa por testimonio inmediato de su conciencia lo que es libertad renuncie a entenderme, como yo renuncio—con sentimiento—a su valioso concurso. Y lo que queda dicho de la libertad se aplica a todos los otros términos que expresan un conocimiento inmediato.

Por la misma razón no hay lugar a una refutación. Los hechos no se discuten; se afirman o niegan. Aquí no se trata de oponer un raciocinio a otro.

1. Nada hay fuera de la conciencia. Señálese un hecho que no sea pensado.

2. La conciencia se desdobra en sujeto y objeto. Suprímase uno de los dos términos.

3. La conciencia engendra conceptos abstraídos del sujeto o del objeto. Inténtese pensar sin conceptos.

4. La conciencia es acción. Descúbrase en ella un elemento estable.

5. El orden objetivo se impone con necesidad. Créase o aniquílese un hecho objetivo.

6. El sujeto es libre. Trácese un límite a su voluntad.

7. La acción subjetiva se halla limitada por la acción objetiva. Afírmese que el sujeto hace lo que le place.

8. La conciencia es una. Fracciónesela.

9. La conciencia es compleja. Demuéstrese su simplicidad.

10. La ley física es ineludible. Realícese un milagro.

11. La ley moral es precaria. Vivase sin infringirla.

12. La intuición es la única fuente de nuestro conocimiento. Descúbrase un hecho por inducción o deducción pura.

XVI

Más allá de los hechos conocidos por intuición y de los cuales tenemos conciencia inmediata no podemos penetrar. No es posible fundar un conocimiento cierto en otras bases. La fun-

ción lógica del raciocinio se limita a establecer relaciones entre los hechos sin poder jamás por sí afirmar la existencia de uno solo.

Era una regla de la Escolástica, muy citada aunque poco observada, de no crear entes de razón sin necesidad. Reclama mayor rigor este precepto y conviene decir llanamente que no puede crearse jamás un ente de razón porque todos sin excepción son meros conceptos. En buena hora, extiéndanse las operaciones mentales del raciocinio hasta agotar su fuerza lógica, siempre que la confirmación pragmática las sancione. Si no resisten esta piedra de toque son un juego de palabras por más correctos que sean los silogismos acumulados. No es posible la investigación científica sin el empleo de conceptos apropiados en calidad de hipótesis de trabajo, pero solamente la intuición puede despojarlos de su carácter precario.

He ahí el éter; el vehículo intramundial e intramolecular, materia imponderable, inmóvil y elástica tenue como un gas, sólida como el acero, que no opone la más leve resistencia al paso de los cuerpos. Concedamos que este absurdo inconcebible sea por ahora una hipótesis científica, de ahí a la comprobación de su existencia va un largo trecho. La comprobación empírica falta y no puede suplirse.

Si esto ocurre en el terreno relativamente firme de la ciencia—qué diremos de una especulación filosófica en la cual a fuerza de combinar abstracciones de vacuidad creciente se pretende descubrir la verdad verdadera. No basta mirar la realidad de soslayo, es menester encararla de frente. Otra cosa es sacar la razón de su quicio, de su labor honesta, para obligarla a dar saltos mortales y por fin descalabrarse. De acuerdo con la doctrina socrática según la cual la verdad está en los conceptos, Platón construyó el arquetipo de los sistemas racionalistas y todos los sucesores han explotado la herencia. Pero hasta la fecha con relación a la conciencia nadie ha probado la, digamos, extraterritorialidad de un concepto.

No menos vana es la pretensión del empirismo científico de emplear como elemento único del conocimiento la sensación y

referirla a un agente externo. Es ingenuo invocar de continuo la experiencia e ignorar que no es un hecho externo sino un proceso mental. Prescindamos del materialismo burdo que como doctrina filosófica no cuenta. Atengámonos a los representantes más altos de la escuela.

Llevan sin duda la ventaja de apoyarse en hechos efectivos que la ciencia sistematiza con auxilio de los conceptos. Pero cuando ahondan la investigación llegan a consecuencias imprevistas. La materia se disuelve, sus atributos resultan subjetivos, el espacio es extensión, el tiempo sucesión y por último no quedan, sino distintas energías que la tendencia monista intenta reducir a una sola energía cósmica, sujeta a leyes fijas. Interpretese luego esta energía como física o como orgánica, nunca es más que acción. Y aquí coincidimos. Solamente que la acción fuera de la conciencia es un esperpento inexistencial. Para llegar a semejante resultado los filósofos científicistas sobrepone una hipótesis a la otra con la misma gravedad con que los escolásticos hilvanaban la serie de sus silogismos, hasta dar con un entecillo de razón. De paso, la personalidad humana ha quedado aprisionada para siempre en las mallas de un determinismo implacable.

No puede prohibirse a la razón humana que trascienda los límites de lo conocido; esta es una de sus altas funciones. Precisamente para que esta labor sea fecunda, en las ciencias como en la filosofía, es necesario deslindar con exactitud lo que se sabe de lo que se desea saber y no confundir lo positivo con lo hipotético, lo real con lo fantástico.

Por eso la posición teórica de las escuelas positivistas es aparentemente más sólida, pues implica la renuncia al conocimiento de los primeros principios y últimas causas. Aspiran únicamente a dar la síntesis de lo científicamente cognoscible. Pero en su manifestación histórica, el positivismo se ha desarrollado en sistemas realistas supeditados a una supuesta unidad o gerarquía de las ciencias, de donde el hecho moral o social estaría tan sujeto a leyes como el hecho físico o químico. Es decir ha caído en el mecanicismo amoral que comporta la anulación de la per-

sonalidad. El resultado fueron pseudociencias como la sociología o la psicología experimental, que todavía peregrinan ansiosas en busca de las leyes exactas que con tanta seguridad nos prometieron en su primer hora.

XVII

Y bien; sintetizados en aforismos generales los datos de la experiencia inmediata quedaremos satisfechos? ¿Ha sido develado el último secreto, disipado todo misterio? Sin duda que no.

Podemos sobre esta base construir una concepción mundial que responde a todas nuestras necesidades prácticas y teóricas, más siempre donde se soluciona un problema se plantea otro.

Nuevas dudas, nuevas preguntas surgen del fondo mismo de la conciencia y reclaman contestación. No basta esquivarlas o desautorizarlas por improcedentes. Aún la pregunta más pueril merece su respuesta.

Cómo hemos de concebir una acción sin agente?

No es más difícil concebir la acción que la substancia a que pretende atribuírsela; no se resuelve un enigma agregándole otro. Sobre todo, la acción existe en un desarrollo de actos, la substancia es un concepto. La dificultad quizás sea exclusivamente gramatical. No empleamos un verbo sin referirlo a un sustantivo o a un pronombre que haga sus veces. Esta modalidad del idioma responde al realismo ingenuo y nos induce en error.

El proceso consciente ha tenido un principio con el cual ha iniciado su evolución? La idea de tiempo se aplica—y se aplica con necesidad— a cada hecho aislado en su relación con los que le preceden o le siguen. Pero a que hecho hemos de referir la conciencia si es la fuente de todas las ideas, inclusive la de tiempo que es su creación y no ha podido precederla.

¿El proceso consciente entonces se ha engendrado a sí mismo o depende de otro principio? Podemos imaginar una potencia creadora que al dar a luz el mundo, parió mellizos indisolubles, pero este creador es creado por la misma conciencia, es un nou-

meno, un ente de razón. Ninguna intuición abona su existencia. En cuanto a engendrarse a sí mismo es tan inconcebible como preexistirse a sí mismo. Nada adelantamos con soluciones verbales como la "causa sui" de Espinosa. Ocurre que al hablar de proceso, evolución, acción, involucramos las nociones de antes y después, es decir la idea de tiempo, cuyo valor relativo penetramos sin poder asimismo prescindir de emplearla. Por eso Bergson se empeña tanto en distinguir los conceptos de duración y de tiempo, pero apela para ello a la visión mística que, por cierto, no es la intuición inmediata.

¿Pero al fin algo ha de existir por sí? Existir es estar en una conciencia y en la conciencia no existe ningún hecho que no tenga su razón en otro. ¿Y la conciencia misma? La conciencia es un proceso, es el conjunto de su contenido actual, siempre es conciencia de algo, nunca conciencia pura. Por eso no podemos tener sino una ciencia de lo relativo y jamás habrá una ciencia de lo absoluto. Ni el empirismo ni el racionalismo pueden lograrla.

¿Luego subsiste un gran misterio? Por lo menos una finalidad no actualizada en la conciencia humana, aunque esa lejana finalidad gobierne la hora presente. No me basta eso de finalidad, yo forzosamente necesito creer en un Ser! Usted es dueño, pero eso es un acto de fe.

Racionalistas y empiristas durante siglos, en presencia de este mundo criptógeno, se afanaron en concebir una metafísica para explicar lo conocido por lo desconocido y no construyeron sino sistemas de conceptos sin contenido representable. Si a nuestra vez abrigáramos el deseo de imitarlos, ya nos bastaría una metafísica, necesitaríamos una metapsíquica. Enunciarlo es evidenciar su imposibilidad.

Intentemos pues, sin salir de la conciencia, abordar el último y el más pavoroso de los problemas.

XVIII

La acción consciente es el alfa y el omega, el principio y el fin, la energía creadora de lo existente. Ella desarrolla el panorama cósmico en la infinita variedad de sus cuadros y ella le opone la gama infinita de las emociones íntimas. No se concibe un más allá. Es desde luego lo absoluto, lo eterno.

Sin embargo, nosotros no conocemos sino el inextenso instante entre el pasado y el futuro, presente perpetuo y fugitivo. No conocemos sino el flujo incesante de hechos particulares y relativos. Ni lo eterno, ni lo absoluto están en nuestra intuición.

Si conociéramos con certeza lo absoluto, si el nexos esencial de los hechos fuera más que un concepto, debiera invadirnos el sosiego intelectual, callaría la última duda y el Ser dejaría de ser un problema. Somos testigos de la acción actuante en la conciencia pero en sí no la conocemos; intuimos únicamente el proceso de sus manifestaciones, menos aún, la serie que se desarrolla en la conciencia individual. ¿Hemos de tomar este fragmento por el universo?

Ninguna egolatría ha llegado a ese extremo; nos hostiga con demasiada viveza la evidencia de nuestra flaqueza, de nuestra relatividad, y la aspiración hacia lo absoluto surge imperiosa como una exigencia lógica, como un anhelo del sentimiento, como una finalidad querida, nunca como un hecho actualizado. Ninguna intuición, ningún dato empírico, ningún raciocinio nos esclarece el concepto de lo absoluto que es empero el complemento necesario de lo relativo.

Acorralado Descartes por la duda metódica en el solipsismo de la posición egocéntrica, apela a la conciencia de nuestra relatividad para referirla a lo absoluto. Lo dice en el idioma de su tiempo y de sus prejuicios y es posible que despojado de tales contingencias este argumento sea convincente para muchos. No obstante nunca será más que un argumento, por que aún afirmada y creída la existencia de lo absoluto, sólo tenemos su concepto abstracto, completamente vacío si lo ubicamos fuera de la

conciencia. Cien nombres diversos le hemos dado, prueba concluyente de que ignoramos el verdadero.

En la conciencia lo absoluto se presenta como aspiración, como tendencia hacia una finalidad que valorizamos como la meta suprema y última. En ese sentido podemos fundarnos en la naturaleza misma del proceso consciente para determinarla. Sabemos que este proceso es un conflicto; una lucha sin tregua entre el sujeto y el objeto, entre la libertad y la necesidad. Actualizar la libertad absoluta por la conquista del dominio económico sobre la naturaleza y del auto-dominio ético sobre sí mismo, someter la necesidad a la libertad, alcanzar el pleno desarrollo de la propia personalidad — he ahí la meta, no impuesta por poderes extraños, no inventada por la fantasía, como que es la raíz misma del devenir consciente. Por nuestra libertad luchamos desde que nos desprendimos de la penumbra de la animalidad, por ella continuamos en la demanda. Cuando la conquista finalice, la necesidad y la libertad se habrán conciliado, la conciencia descansará en la paz de sí misma, la última duda callará. Entretanto no; la filosofía no tiene la última palabra porque la vida es acción y no un teorema. Pero el principio que la nueve lo dejamos señalado; llamémosle la libertad creadora.

XIX

Pero el problema de lo absoluto tiene aún otra faz. Al señalar la finalidad absoluta como un hecho de conciencia orillamos el asunto más escabroso. ¿Acaso esta finalidad se realiza en la conciencia individual o cada uno de nosotros es tan solo un caso dentro de un proceso universal? La conciencia clara de nuestra relatividad no permite suponer que en el individuo se agote la existencia. Por otra parte lo universal como existencia no lo conocemos. ¿Cómo hallar la relación de lo particular con lo universal, de lo efímero con lo eterno, de la existencia con el ser?

De tres medios dispone el hombre para contestar a la interrogación más vehemente de su espíritu. La metafísica, el arte y la religión. Uno de estos medios no excluye al otro, por el con-

trario, se apoyan mutuamente y así como responden al mismo propósito también parten de un hecho psíquico análogo.

La metafísica ofrece sistemas que ya no son la expresión de lo comprobado sino construcciones hipotéticas de la imaginación creadora. Son, pese al material con que se elaboran, obras de arte, poemas dialécticos, simbolismos ideales. Revisten sí la pretensión de ser concepciones lógicas pero esta es la parte formal. No nacen del raciocinio. Por un proceso psicológico muy complicado, ante el problema obsesionante, arraigan en la mente convicciones, que aparecen unas veces como el resultado de una incubación lenta, otras como una inspiración espontánea. Son una especie de visión intelectual que se apodera del espíritu del autor y constituye la médula de su obra. La argumentación que la sustenta viene después. La razón, que jamás ha negado sus favores a nadie, desempeña sus funciones lógicas, dispuesta a demostrar cuanto se quiere, sea una concepción genial, sea una patraña inverosímil. No hay absurdo que no pueda defenderse en un alegato. Los sistemas entre sí, se distinguen por su consecuencia lógica, su valor ético, su poder persuasivo. No por su mayor o menor veracidad material. En el fondo son tan solo una manera de ver individual; pero el genio posee el privilegio de expresar con el suyo el pensamiento de un pueblo y de una época. Por eso los grandes sistemas metafísicos a pesar de ser hijos de su tiempo y de factores étnicos, perduran como las obras imperecederas del arte y son siempre una fuente de intensa emoción intelectual. Pero cada generación vuelve a tentar la expresión propia de su pensar y de su sentir en nuevas formas filosóficas.

Si sobre la base del conocimiento intuitivo, se fundara la concepción de un proceso universal que se individualiza en monadas autónomas, actualizando el eterno devenir en una lucha por la libertad creadora, el valor de semejante sistema dependería del vigor intelectual de su autor. Podría también el ideal de la libertad creadora sintetizarse en una acción única que se revela en la conciencia y nos expondríamos a la insinuación iró-

nica de haber incurrido en un viejo antropomorfismo. Pero ninguna crítica extingue la necesidad metafísica.

También el arte la satisface al conciliar en la emoción estética el conflicto del mundo subjetivo y del objetivo. La poesía y sobre todo la música, que dispone de un material de expresión más abstracto, sumergen el accidente individual en el regazo de lo infinito y le contemplan *sub specie aeternitatis*. También la obra de arte tiene su génesis en una visión interna que luego el artista concreta en los límites de su capacidad creadora.

Por último existe la solución religiosa; ella inspira la convicción fervorosa que llamamos fe. Su fundamento no es, como suele pretenderlo, la revelación sobrenatural, sino un estado emotivo que puede llegar hasta el éxtasis y que da lugar a la visión mística. Este es el fenómeno religioso por excelencia. El mito del caso, el dogma y el ritual son elementos accesorios y algunas veces postizos. Pueden suprimirse estas formas externas sin aminorar la intensidad del sentimiento religioso. La experiencia mística, en todos los países y en todos los tiempos, contiene siempre el mismo hecho: La unión, la identificación del individuo y del Ser eterno.

La visión íntima — intelectual, estética o mística — no es la intuición inmediata que nos da la evidencia. Es un fenómeno complejo, que si bien sugiere convicciones profundas no puede darles más que un valor subjetivo.

ALEJANDRO KORN.